

Mario Esteban Rodríguez
Rafael Martín Rodríguez

Introducción a la China actual



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Trabajadores limpiando manchas de pintura del retrato de Mao Zedong. Plaza de Tiannamén, Pekín 2014
© Alamy / Cordon Press
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© Mario Esteban Rodríguez y Rafael Martín Rodríguez, 2024
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-744-3
Depósito legal: M. 11.581-2024
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Introducción
15	1. El peso de la historia
19	El legado sociopolítico de la China imperial
28	El sistema sinocéntrico
35	El antiimperialismo
44	La construcción del Estado nación en China
53	2. El sistema político chino
55	Del totalitarismo al autoritarismo
60	Xi Jinping: ¿Vuelta al totalitarismo?
65	Un sistema de Partido-Estado
72	Un régimen político fragmentado y reactivo
78	Cómo el Partido se perpetúa en el poder
83	Gobernanza más allá del centro
91	Taiwán
98	3. Economía y sociedad
98	Capitalismo de Estado
105	¿De un crecimiento vertiginoso a un crecimiento sostenible?
114	Servicios públicos y protección social
123	Género
128	Movimientos sociales y opinión pública

135	Cambios generacionales y generación Z
139	Movimientos artísticos y culturales
145	4. Política exterior
146	Los fundamentos de la política exterior de la República Popular China
150	Acercamiento a Occidente
155	Una política exterior de gran potencia
160	Los vectores de poder de China: económico, militar y normativo
176	El antagonista americano y sus aliados europeos
181	La vecindad: espacio prioritario
186	A por el liderazgo del Sur Global
192	5. Escenarios de cambio político
199	China como modelo
208	¿Superpotencia en cantidad o en calidad?
218	¿Habrá guerra entre China y Estados Unidos?
227	Notas
243	Bibliografía seleccionada
245	Índice onomástico

*A todos los amigos, colegas, empresarios,
estudiantes y funcionarios chinos
que han tenido la generosidad de compartir
su tiempo con nosotros para ayudarnos
a comprender mejor su país.*

Introducción

Este libro pretende aproximar de forma rigurosa, amena y concisa un país enormemente complejo a quienes tengan la inquietud de conocerlo mejor, ya sea porque les mueve un interés específico sobre China o porque quieren entender cómo este actor global incide en sus vidas. Y es que China es tan relevante hoy en día que es imposible comprender nuestro tiempo sin manejar algunas claves de este país, como su impacto sobre las grandes tendencias macroeconómicas, el cambio climático o la geopolítica mundial. Aunque no es una obra pensada para especialistas, estoy convencido de que los expertos que lo lean encontrarán ideas sugerentes con las que dialogar.

En los más de veinticinco años que llevo investigando sobre China y en los veinte que llevo intentando explicar este país a mis estudiantes de la Universidad Autónoma de Madrid, me he encontrado con tres dificultades que me animaron a escribir este libro: estereotipación, politización y cambio vertiginoso.

Todo el mundo tiene una imagen de China. Paradójicamente, esto suele ser un problema, porque habitualmente son imágenes estereotipadas e hiperbólicas, alejadas de la realidad del país. China ha sido representada durante siglos en Occidente mediante narrativas unidimensionales, a las que estamos expuestos cotidianamente, ya sea para mitificarla o demonizarla. El origen de la fascinación occidental por China puede situarse en la publicación de *Los viajes de Marco Polo*, a caballo entre los siglos XIII y XIV, que subrayaban la mayor sofisticación de la civilización china. Esta admiración por las diferencias culturales y las enormes dimensiones de China comenzó a tornarse en temor y rechazo a partir del siglo XIX, en un contexto de creciente competencia económica y geopolítica, reflejados en el término racista «el peligro amarillo».

Esta politización de las narrativas sobre China, que también distorsiona y polariza las narrativas que recibimos sobre este país, se ha intensificado de nuevo en los últimos años. Por un lado, la diplomacia pública china dispone de una enorme cantidad de canales y recursos para proyectar internacionalmente la imagen de su país que consideran más adecuada para sus intereses nacionales. Valgan de ejemplo los medios de comunicación estatales chinos que emiten y publican en lenguas extranjeras, y los acuerdos que mantienen con medios de otros muchos países. Por otro lado, a medida que crece el impacto de China sobre el bienestar y la seguridad de las personas que viven fuera de sus fronteras, más condiciona dicho impacto la forma en que interpretamos a este país. En este sentido, no resulta casual que los mensajes que nos llegan sobre China desde países con los que mantiene una mayor competencia geopolítica y

económica tiendan a ser más negativos que los que nos llegan de países con los que mantiene una colaboración más estrecha.

Por tanto, el gran reto de este libro es introducir al lector a una realidad mucho más compleja y matizada de lo que sugieren estas imágenes planas y polarizadas de China. Para ello, se han analizado numerosas fuentes primarias y secundarias, que recogen datos y teorías fundamentales para el estudio de la China actual. En este proceso de análisis es donde se evidencia la tercera gran dificultad que afrontamos al intentar explicar China: su dinamismo. No hay país que cambie más rápido, de ahí que sea imprescindible estar en contacto regular con China para mantenerle el pulso.

Dado que este libro se ha escrito en un contexto en el que la política de covid cero aplicada por las autoridades chinas restringía sustancialmente los vínculos con el exterior, se hizo necesario buscar un coautor que estuviera en China. Ahí fue cuando Rafael Martín Rodríguez, que vivía desde 2011 en Shanghái y era profesor en la prestigiosa Universidad de Fudan desde enero de 2017, se incorporó al proyecto.

Rafael y yo hemos contraído una enorme deuda a lo largo de los años con innumerables personas que, dentro y fuera de China, han contribuido a nuestra comprensión y vivencia de este país. Sería de justicia reconocerlos a todos, pero, como hemos prometido un libro conciso, vamos a limitarnos a mencionar a quienes han colaborado a mejorarlo enviando comentarios a versiones preliminares del mismo: Albert Boada, Rafael Cascales, Taciana Fisac, Andreas Janousch, Yue Lin, Blanca Marabini San Martín y Gladys Nieto.

Madrid, 30 de septiembre de 2023.

1. El peso de la historia

Los espectaculares cambios experimentados por China en las últimas décadas y el intenso debate sobre su papel en el devenir de la humanidad podrían llevarnos a obviar la importancia de su pasado. La arquitectura vanguardista que adorna sus principales ciudades, el espectacular salto tecnológico de su sector productivo, la confianza con la que muchos chinos encaran el futuro, todo ello podría tentarnos a minusvalorar su larga historia como algo irrelevante y exótico. Esto sería un grave error. Entre otras cosas, porque hay claves históricas que son fundamentales para entender la China actual: su política exterior; su interacción con sus vecinos y el resto de la comunidad internacional; las relaciones entre el Partido y la sociedad; la prevalencia de valores tradicionales, pero seculares, entre su opinión pública, o el enorme énfasis que ponen los chinos en la seguridad económica y física frente a las libertades civiles, los derechos políticos y la afirmación de su propia individualidad. Es



República Popular China. Divisiones administrativas



más, aunque ningún país puede entenderse sin hacer referencias a su historia y su cultura, en el caso de China este axioma resulta particularmente cierto, dado el uso masivo que ha hecho el Partido Comunista de China (PCCh) del discurso histórico como fuente de legitimidad. De ahí que, aunque este libro se centre en la China actual, comience con un capítulo dedicado a su historia. Este capítulo no pretende sintetizar la dilatada historia de China, cuyos registros escritos se remontan más de 3000 años, sino que aspira a exponer con claridad y de manera crítica una serie de elementos de ese fecundo legado histórico que siguen influyendo hoy en este país y en sus vínculos con el resto de la humanidad.

El reconocimiento de esa continuidad y riqueza culturales extraordinarias no implica caer en el determinismo cultural y orientalista que ha sesgado numerosos estudios sobre China. Ese enfoque presenta a China como la cuna de una civilización inmutable y esencialmente incomparable al resto, cuya población piensa y se comporta necesariamente de manera diferente a la de otras comunidades humanas. En esta línea, abundan fuera de China los trabajos que describen de manera despectiva su legado cultural e histórico, presentando incluso como inevitable su conflicto con Occidente, mientras que dentro de China este enfoque se materializa frecuentemente en visiones supremacistas que presentan la civilización china como superior al resto. La teoría del «choque de civilizaciones» de Samuel P. Huntington ha sido particularmente influyente: señalaba una alianza entre las civilizaciones autoritarias confuciana e islámica como el mayor desafío para la seguridad de Occidente¹. Sin embargo, hay sociedades confucianas que se han democratizado has-

ta el punto de que tres de las veintiuna democracias plenas que identifica en todo el mundo la edición de 2022 del Índice de Democracia elaborado por *The Economist* son sociedades confucianas: Corea del Sur, Japón y Taiwán². Al igual que otros países, China ni está libre de su historia ni está condenada a repetirla.

El legado sociopolítico de la China imperial

La era de las Cien Escuelas de Pensamiento, que comprende los periodos de Primavera y Otoños (aproximadamente del 771 al 475 antes de nuestra era) y de los Reinos Combatientes (aproximadamente del 475 al 221 antes de nuestra era), fue la época de mayor esplendor intelectual y filosófico de la historia de China. De ahí que sea identificada como la edad de oro de la filosofía china. En un contexto de continuos conflictos armados y gran fragmentación política, aparecieron numerosos eruditos que recorrían China difundiendo sus enseñanzas y ofreciendo sus servicios a quienes pudieran costearlos. El padre de la historiografía china, Sima Qian, identificó entre ellos seis escuelas de pensamiento principales: confucianismo, legismo, taoísmo, moísmo, la escuela del Yin-yang, y la escuela de los nombres. Las ideas presentadas por estas corrientes de pensamiento han tenido un enorme impacto sobre los intelectuales chinos posteriores y sobre la evolución posterior de China en todos los ámbitos. A pesar del intenso debate académico en el que se enzarzaron representantes de las diferentes escuelas, lo cierto es que la preminencia de la que acabaron gozando el confucianismo y el legismo du-

rante la China imperial se debió más a cuestiones políticas que filosóficas.

Durante los más de 2000 años que van desde el inicio de la dinastía Qin (221 a.n.e) al final de la Qing (1912), la corte imperial intentó influir en el pensamiento de las élites y del conjunto de la población de China para legitimarse y consolidar así su poder. En estos casi dos milenios de tradición imperial, el confucianismo y el legismo fueron las corrientes de pensamiento a las que más recurrieron, lo que no es de extrañar dado que ambas reflexionaron sobre cuál era la mejor manera de gobernar un Estado. Lo que sí es más llamativo es que, a pesar de ser escuelas enfrentadas en su origen que defendían principios claramente contrapuestos, élites imperiales posteriores conformaron una ideología oficial imperial que sintetizó elementos de ambas escuelas y que fue hegemónica durante dos milenios.

El legismo era materialista y utilitarista. Su objetivo era conseguir un gobierno estable y, para ello, abogaba por la concentración del poder. Como entendían que el ser humano es incorregiblemente egoísta, afirmaban que la mejor forma de lograrlo era mediante la fuerza de las armas frente a otros reinos y, en el ámbito doméstico, estableciendo un sistema de premios y castigos que orientase el comportamiento de los súbditos de acuerdo con los intereses del gobernante. Por el contrario, el confucianismo era idealista y consideraba que la autoridad del gobernante debía fundamentarse en su comportamiento virtuoso. Mostrando una calidad moral superior, el gobernante se ganaba el respeto y la obediencia de otras autoridades políticas y de la población. Es más, incluso podía servirles de ejemplo para que mejorasen su comportamiento.

El primer emperador de una China unificada, Qin Shi Huang (259-210 a.n.e), abrazó el pensamiento legista e impuso un sistema autocrático y homogeneizador, reprimiendo duramente cualquier tipo de disidencia. Esta estrategia le permitió avanzar rápidamente en la formación de un imperio, pero se mostró insostenible tras su muerte, cuando las luchas intestinas dentro de la corte y múltiples revueltas populares llevaron al rápido colapso de la dinastía Qin. Los emperadores de la dinastía siguiente, la dinastía Han, entendieron la conveniencia de combinar los instrumentos materiales propios del legismo con elementos ideológicos que contribuyeran a legitimar su mandato autocrático. De ahí que el emperador Han Wu Di declarase el confucianismo como la ideología oficial del imperio. Esto no implicaba necesariamente un seguimiento estricto de las ideas propuestas por Confucio y sus discípulos directos cuatro siglos antes, sino el refrendo institucional de los planteamientos de varios pensadores confucianos coetáneos de los emperadores Han, y que estos estimaron útiles para consolidarse en el poder. Estos intelectuales consiguieron imponer el confucianismo como única escuela de pensamiento válida para la formación de los funcionarios y establecieron un sistema de ritos que conferían al emperador, el «Hijo del Cielo», un papel semidivino como único mediador entre la deidad suprema y la humanidad.

La influencia ideológica del confucianismo quedó reforzada a partir del establecimiento del sistema de exámenes imperiales en el año 606, de cuyo temario era una parte esencial. Dado que, a partir del siglo X con la dinastía Song (960-1279), estas oposiciones se convirtieron en la única vía para formar parte del mandarinato, y puesto que conseguir

un alto cargo de la administración era la máxima aspiración social de la población china, esto supuso que todas las élites chinas estudiaran el confucianismo hasta la abolición de este sistema de exámenes en 1905. En la China imperial el estatus de élite social dependía de estar inscrito para prepararse los exámenes imperiales. De lo contrario, uno era simplemente rico o, peor aún, un mercader.

Durante la dinastía Ming (1368-1644) se incorpora como proyecto estatal la reforma neoconfuciana que interpretaba el confucianismo como una ideología para transformar la sociedad en su conjunto. De ahí que la burocracia china pasase a encargarse no solo de gestionar y administrar el imperio, sino también de asegurar el respeto y la difusión de los preceptos confucianos, que consideraban imprescindibles para mantener la estabilidad social. De ahí que los magistrados diesen periódicamente conferencias a la población sobre los principios morales del confucianismo.

Al igual que sucedía con otros órdenes políticos premodernos, en China no se establecía una clara distinción entre lo político como algo público y la moral como algo privado. Siendo el confucianismo una ideología de carácter holístico que definía los pilares fundamentales de la organización social, esto también derivó en una enorme influencia del confucianismo sobre el pensamiento y el comportamiento de la población china durante siglos. Es más, en China sigue sin haber arraigado una distinción clara entre la esfera pública y privada, y sigue siendo frecuente la intromisión del Estado en el ámbito privado. Así lo evidencian las restricciones aprobadas en los últimos años al tiempo que pueden emplear los menores chinos para jugar a videojuegos o conectados a internet. La longevidad del confucianismo como

ideología oficial del imperio es sorprendente si tenemos en cuenta los múltiples debates ideológicos y vaivenes políticos experimentados por China en aquel periodo, incluyendo su conquista en dos ocasiones por potencias extranjeras. La resiliencia de la hegemonía ideológica del confucianismo, combinada con algunos elementos del legismo, se debe a la innegable utilidad de varios de sus principios esenciales para legitimar un régimen político autocrático.

El confucianismo ofrece una imagen benigna del poder político. El emperador, como Hijo del Cielo, está dotado de una sabiduría y una moralidad sobrehumanas que lo legitiman para ser la máxima autoridad política en la tierra. El hecho de que su autoridad no tenga parangón garantiza teóricamente la paz y la armonía dentro y fuera del imperio al no haber polos de poder alternativos que puedan aspirar a su posición. Además, ese carácter virtuoso, justo y benevolente, permite que la concentración de poder no se conciba como un riesgo que puede degenerar en comportamientos tiránicos o deshonestos que vulneren los intereses de la población, sino en una mayor capacidad para desarrollar su labor de gobierno, orientada a mejorar el bienestar y la calidad humana de sus súbditos. Desde esta perspectiva, Confucio abogaba por el gobierno de las personas frente al gobierno de la ley, pues entendía que si las personas seguían en su comportamiento el ejemplo del emperador virtuoso, también serían bondadosas, mientras que si solo acataban la ley por temor al castigo, perderían la capacidad de distinguir lo moral de lo inmoral. Sin embargo, las élites políticas imperiales no siguieron este principio y adoptaron la visión legista de desarrollar el derecho como un instrumento de control social al servicio del emperador.

Además, el confucianismo presenta una imagen jerárquica de la sociedad y la política, asumiendo que en ambas esferas los individuos ni son iguales ni deben serlo. El confucianismo fundamenta el orden social en el mantenimiento de una serie de relaciones jerárquicas en las que cada individuo debe ajustarse al papel que le corresponde en función de su posición social. Las principales relaciones sociales son gobernante-gobernado, progenitor-descendiente, hombre-mujer, hermano mayor-hermano menor y la relación entre amigos. Entre estas cinco relaciones, la única que no es jerárquica es la que se establece entre amigos. En las otras cuatro, la primera de las partes ejerce autoridad y ofrece asistencia, mientras que la parte subordinada le debe respeto y obediencia a la primera. De ahí que, aunque las acciones del emperador solo están restringidas por su obligación moral, la subordinación de los súbditos al emperador también puede hacerse valer apelando a los mecanismos de coerción del Estado. Desde esta perspectiva, el ideal de buen gobierno confuciano es un gobierno paternalista, que garantiza la seguridad y subsistencia de su población, pero que no lo empodera para participar en el proceso de toma de decisiones, al considerar que no puede aportar nada que no haya contemplado ya la bondad y la sabiduría del gobernante. En este orden tampoco hay lugar para los intelectuales críticos. El papel de los intelectuales y de la burocracia es meramente instrumental, aconsejando al emperador y materializando sus designios.

En este sentido, el confucianismo también favorece el colectivismo frente al individualismo y sostiene que los intereses individuales deben subordinarse a la colectividad, representada por el gobernante y el Estado. Desde esta óptica,

el individuo debe, ante todo, atender a las obligaciones asociadas con los roles que le corresponden según el lugar que ocupa socialmente, por lo que se rechaza la formación de grupos de interés que pudieran erosionar el interés colectivo. De esta manera se proporciona una fachada retórica para justificar una política autoritaria en nombre de la armonía, independientemente del contenido sustantivo de la misma. Es remarcable que este mensaje parezca seguir vigente en China. Así parecen indicarlo los datos de la edición séptima oleada (2017-2022) del *World Values Survey*, donde este país es el segundo con un mayor porcentaje de población, 92,7 %, que antepuso la seguridad a la libertad³.

Otros rasgos de la cultura tradicional china que siguen siendo muy influyentes en la actualidad son la enorme importancia que se le confiere a la familia y a la educación. La piedad filial, que es la virtud de respetar a tus mayores, es un concepto central dentro del confucianismo. La familia actúa como una red de protección social fundamental en China y los vínculos familiares tienen un enorme peso en la toma de decisiones de la población de este país. Esto también tiene ramificaciones negativas para la gobernanza al favorecer el nepotismo y la corrupción. Por el contrario, la relevancia que tiene la educación en China —y vinculada a ella, la meritocracia— es un elemento que favorece tanto el desarrollo económico de este país en perspectiva comparada, como el ascenso social de la población china y de origen chino dentro y fuera de sus fronteras. Esto se refleja en el alto gasto en educación de las familias chinas con hijos, particularmente si se encuentran entre los 16 y los 25 años, que en muchos casos es la partida de gasto más alta de la unidad familiar. Es más, algunos autores como Daniel Bell en su